

La misión cultural de la Biblioteca Universitaria

Javier García García

Bibliotecario de la
Universidad Complutense de Madrid.

Que la biblioteca universitaria, como en general toda biblioteca, está llamada a cumplir una función cultural de primer orden, es algo que no parece, en primera instancia, requerir mayor justificación, pues se trata de una tarea subyacente al propio concepto y misión de toda biblioteca (1). La labor cultural de la biblioteca se subraya especialmente en el ámbito de la biblioteca pública, que cuenta entre sus funciones esenciales, con la “formación cultural” del ciudadano y la organización de “actividades culturales complementarias” (2). La biblioteca pública constituye, dentro de la política bibliotecaria, el punto focal de la llamada “política cultural”, esa tendencia a la institucionalización de la cultura surgida “a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando la cultura se convierte en asunto político, debido fundamentalmente a la implantación del modelo del Estado del Bienestar” (3). En los años setenta la UNESCO y los gobiernos comienzan a destacar “la cultura como factor de desarrollo económico y social de los países, hasta el punto de considerar que no hay desarrollo socioeconómico sin desarrollo cultural”. El reconocimiento del “derecho a la cultura” en nuestra Constitución y la creación de un Ministerio de Cultura en España en 1977, independiente del de Educación, son reflejo en nuestro país de esa tendencia general a la institucionalización de la cultura.

Pero por lo que respecta al papel cultural de la biblioteca universitaria, la situación resulta, cuando menos, un tanto ambigua o imprecisa. Entre otras razones,

la potenciación de la autonomía universitaria y la progresiva profesionalización de la enseñanza superior han propiciado que la biblioteca universitaria se oriente, de la forma más natural, al apoyo “informativo” a la universidad de la que en cada caso depende. Fue justamente con ocasión de las sustanciosas inversiones económicas que acompañaron a la LRU, cuando pudo la biblioteca universitaria española desarrollar sus recursos y servicios, desarrollo que, con la irrupción de las TICs, ha resultado ser meteórico. La expansión de los centros y títulos universitarios y, más recientemente, la convergencia europea, arrastran a la biblioteca universitaria hacia una espiral de transformaciones que parece acelerarse cada vez más. Todo este cúmulo de situaciones ha hecho que la biblioteca universitaria española no haya gozado en las últimas décadas de la perspectiva y estabilidad suficientes como para preguntarse a sí misma acerca del papel cultural que le corresponde ejercer.

Que dicho papel cultural de las bibliotecas universitarias, particularmente de las españolas, está insuficientemente desarrollado, resulta algo bastante evidente. Podríamos distinguir dos facetas en la labor cultural de la biblioteca universitaria actual. Por una parte, la que se desprendería, de forma meramente implícita y mediata, de su labor de información y de la disponibilidad de sus recursos. Por otra parte, la “extensión cultural”, que en muchas de nuestras bibliotecas universitarias resulta escasa, cuando no inexistente, y que, por lo general, sólo en contados casos en-

cuentra un suelo firme en torno a la “difusión y extensión cultural del Patrimonio Bibliográfico a través de exposiciones, publicaciones, conferencias y todas aquellas actividades que en su caso se definan” (4).

Por lo demás, las bibliotecas de las universidades públicas forman, todavía, parte del sistema español de bibliotecas y, en tanto que tales, les alcanza, en mayor o menor medida, una indefinida labor de servicio a la sociedad, dentro de la cual se comprende que esté la promoción de la cultura (5). En los últimos tiempos se percibe un incipiente interés, tanto internacional como nacional, por parte de la profesión, de cara a perfilar ese papel social, y dentro de él cultural, de la biblioteca universitaria, en el contexto de una reflexión sobre la función de la biblioteca en general, especialmente por lo que toca a la difusión de valores democráticos (6). Algo comienza a cambiar, si no en nuestras bibliotecas, sí al menos en las mentes de algunos de nuestros bibliotecarios (aunque, a decir verdad, pocos aún). Nuestra profesión no debería permanecer indiferente ante hechos como la galopante mercantilización de la cultura y la manipulación hacia un consumo desafiado y sin sentido. La propia vocación cultural de nuestra profesión tiene razones para sentirse amenazada (7).

La biblioteca universitaria tiene por fuerza que vivir con especial preocupación el empobrecimiento cultural del universitario de hoy, destinado a ocupar mañana puestos de responsabilidad en nuestra sociedad. Consideramos, pues, muy conveniente abordar la reflexión pendiente acerca de la labor directa que corresponde a la biblioteca universitaria en el campo cultural y adoptar en este terreno medidas de refuerzo que ayuden a su institución matriz a formar universitarios más cultos (8). Ahora bien, ¿cómo y hasta dónde concebir la misión cultural de la biblioteca universitaria? La biblioteca universitaria ha de estar, por encima de todo, al servicio de la universidad y de sus necesidades. Habrá, pues, que analizar primero, siquiera sea someramente, la misión cultural que toca ejercer a la universidad y definir entonces qué papel puede corresponderle dentro de ella a la biblioteca universitaria actual.

La cultura en la universidad

Si hemos comenzado subrayando la misión cultural que corresponde a toda biblioteca, otro tanto deberíamos hacer con

la universidad. Tras casi un milenio a sus espaldas, es indiscutible que, con mayor o menor protagonismo según las diferentes épocas, las universidades han jugado tradicionalmente un papel esencial en la transmisión y el fomento de la cultura. En la actualidad, toda una serie de factores hacen que las universidades no estén contribuyendo particularmente a la formación de personas cultas. Sin embargo, un somero repaso de tales factores, basta para convencerse de que el fomento de su misión cultural constituye, precisamente, uno de los principales desafíos que tiene hoy ante sí la universidad para reforzar y mejorar su papel en la sociedad.

¿Formación profesional vs. formación cultural?

Acabamos de conocer un hecho preocupante que debería provocar una reflexión profunda acerca de lo que es y debe ser la universidad. Las universidades en España han dejado de depender del Ministerio de Educación para pasar a hacerlo del nuevo Ministerio de Ciencia e Innovación. El mensaje es claro: no es el aspecto educativo el que prima en la universidad actual, sino la “transferencia de resultados de investigación”, esto es, en definitiva, hacer dinero. Las humanidades comienzan a ser un colgajo incómodo para la universidad; no caben muy buenos augurios para ellas. El aspecto educativo, docente y formativo de la universidad, su esencia, su sentido último se está convirtiendo en marginal. La “investigación” (burocratizada y convertible en euros), y no ya la educación, es lo que importa.

En la universidad actual prima la formación técnico-profesional muy por encima de la formación cultural y del objetivo humanista de formación de la persona (9). Con este desplazamiento la universidad busca adaptarse a las exigencias de nuestro mundo globalizado (10). Sin embargo, a la hora de definir y de autorrepresentarse sus funciones, hoy por hoy la universidad antepone con mucho su labor cultural a su labor de formación profesional (11), la cual, por otra parte, resulta tan inevitable como legítima. Es evidente, además, que las universidades han perdido “vida cultural”. Hay “actos culturales”, sí, y en cierto modo hasta han proliferado; pero, no nos engañemos, hay poca inquietud cultural, poca efervescencia intelectual, poco diálogo e intercambio de ideas en los campus. La llamada “extensión cultural” en la universidad se concibe

como una suerte de “añadido” a su labor específica de instrucción. Las actuaciones culturales se plantean generalmente como acciones dispersas de “alta cultura”, o como eventos descontextuados o aislados, que no pasan de ofrecer sino una especie de “destellos culturales”. Sin duda se trata de iniciativas valiosas y ojalá las hubiera aún en mayor número. Pero no están bastando para formar universitarios cultos y, en cierto modo, están actuando como pantalla de humo cultural que encubre una realidad universitaria culturalmente muy pobre.

Y es que la cultura no es, ni puede ser, un añadido a la formación o la información, sino que es el eje mismo sobre el que ambas deben girar. Porque la meta última de la educación consiste, precisamente, en insertarnos eficazmente en la cultura y en señalarle metas culturales al desarrollo técnico y científico (12). Aunque la universidad siempre parece haber vivido con la sensación de estar en crisis, desde hace unas décadas, y a escala internacional, esa conciencia de crisis, que afecta muy centralmente a su papel cultural, se ha agudizado de forma notable (13). Esta situación puede considerarse un resultado natural de la profesionalización de las enseñanzas; pero tampoco tendría por qué ser así. ¿Acaso, aunque resulte difícil, no sería posible compatibilizar en mayor medida en la universidad actual formación profesional y formación cultural? (14). Un mayor énfasis en la formación cultural del universitario haría de él, con toda seguridad, un profesional más flexible y competente el día de mañana. El mercado de trabajo necesita personas que no sólo conozcan las prácticas actuales, prácticas que en algunos casos quedan ya obsoletas al poco de que el universitario culmine sus estudios. Es preciso formar profesionales adaptables e imaginativos, capaces de innovar, capaces de aprender a lo largo de la vida. Esto explica por qué grandes empresas buscan para sus puestos de responsabilidad personas con bagaje cultural, profesionales “cultos”. Sin duda, tales profesionales son los que debería empeñarse en formar la universidad.

¿Especialización vs. interdisciplinariedad?

Es un hecho que ya no hay personas cultas como en el pasado, no existe el *uomo universale* capaz de abarcar de forma más o menos completa y crítica los diversos ámbitos de conocimientos de nuestra época, que se han vuelto cada vez

más complejos e inaccesibles. Lo que hay son especialistas varios, ajenos los unos a los conocimientos de los demás. La interdisciplinariedad se da, en el mejor de los casos, sólo entre especialidades afines y en aspectos concretos (15). Padece una clara falta de integración entre saberes que aporte la necesaria congruencia entre visiones distintas, en cuanto a métodos e intenciones, sobre las mismas realidades de fondo (16). Por ejemplo, quienes opinan sobre dilemas éticos de la ciencia no conocen, a menudo, suficientemente la ciencia que critican; y quienes hacen ciencia se ocupan de hacerla y no de plantearse a fondo sus consecuencias éticas, que deberían orientar su labor. La enseñanza universitaria debería, sin duda, formar personas más cultas, personas capaces de tener ciertos conocimientos, al menos básicos, sobre las diversas facetas del saber. Pero esto, justamente, no lo proporcionan en absoluto las enseñanzas regladas, que son de carácter especializado. En la universidad actual falta comunicación y divulgación, enriquecimiento mutuo. Faltan perspectivas globales sobre los problemas. En este sentido, falta "cultura". En la actualidad son muchos los autores que proponen la necesidad de que en las universidades se busquen "prácticas articuladoras" y "mediaciones" entre las distintas disciplinas a fin de alcanzar una "visión global" de los problemas de nuestro mundo (17). La universidad del siglo XXI tiene ante sí la responsabilidad de tender puentes entre ámbitos de conocimiento cada vez más especializados, y esa es una misión eminentemente cultural. El contrapeso necesario de la especialización ha de ser, pues, el fomento de la interdisciplinariedad.

Del conocimiento como "información" a la verdadera "sociedad del conocimiento"

Actualmente vivimos sumidos en un mar de información, hasta el punto de haber rebautizado nuestra sociedad como "sociedad de la información". Esto tiene su reflejo en una comprensión del conocimiento muy próxima al mero concepto de información. Sin embargo, información y conocimiento ni son ni pueden ser lo mismo (18). Sin información, el conocimiento estaría vacío; sin estructuras de significado desde las que interpretarla, la información resultaría insignificante. Las

estructuras básicas de significado siempre las ha aportado, como horizonte último de comprensión, la cultura. A la cultura vigente en cada momento corresponde establecer la relevancia de los conocimientos y de las informaciones subyacentes a ellos.

Tradicionalmente las instituciones educativas, en particular las universitarias, han jugado un papel mediador en la comprensión del conocimiento, en la interpretación cultural del mismo. El conocimiento fluía desde la sociedad, pero también desde la universidad. Sin embargo, esta situación se está convirtiendo cada vez más en una ecuación unidireccional, según la cual es la "sociedad de la información" la que establece por sí misma la relevancia de los conocimientos y le "dicta" a la universidad que privilegie ciertos conocimientos útiles y especializados (19). Ciertamente, nada hay de malo en que la universidad busque satisfacer las necesidades de la sociedad. Pero un sometimiento demasiado estrecho y alícoro a las exigencias a breve plazo del mercado de trabajo o a los criterios economicistas imperantes en la sociedad amenaza, al imponer una comprensión "castrada" del conocimiento (20), con privar a la universidad de la dimensión cultural que debe corresponderle para transformar e impulsar a la propia sociedad. La sociedad de la información impulsa un modelo "operacional" o "instrumental" del conocimiento que privilegia su dimensión utilitaria y, en definitiva, económica. La universidad se está plegando cada vez más a esta concepción estrecha del conocimiento y perdiendo, cegada por la especialización y la cerrazón en disciplinas y discursos estancos (21), la consideración de marcos de sentido más amplios y de significado cultural. Con ello tiende a perder demasiado fácilmente de vista los verdaderos problemas de fondo de nuestra sociedad y una visión autónoma y crítica sobre ellos (22).

Cuando desde la sociedad de la información se insiste, casi como una letanía, en la necesidad de promover un "uso crítico" de la información que permita su "eficaz transformación en conocimiento", se está manejando un concepto muy estrecho tanto del conocimiento como de la crítica. Por lo que respecta al conocimiento, su consideración operacional o instrumental deja fuera "formas metadisciplinarias de comprender el mundo", "formas genéricas y de nivel superior", formas autónomas de comprensión personal que permitirían abordar críticamente los "problemas interdisciplinarios de la sociedad moderna". Este uso crítico de alcance sobre la sociedad, este uso cultural del conocimiento, es justamente lo que

queda fuera con el mero "uso crítico de la información" (23). El modelo de conocimiento como información cercena, pues, a un tiempo, la posibilidad de un conocimiento con significado cultural y la verdadera dimensión crítica capaz de alterar los estrechos marcos de la concepción utilitaria que lo define.

Si hemos de avanzar hacia una auténtica "sociedad del conocimiento", será necesario devolver a la educación superior su auténtica dimensión cultural. Porque educar es, o debería ser, bastante más que instruir; y es, desde luego, mucho más que informar (24). La cultura aporta las herramientas necesarias de comprensión e interpretación de la realidad en todos los ámbitos de la vida, tanto personal como social. La proliferación de la información e incluso su universal disponibilidad —objetivo como tal muy deseable— no bastan. Ni siquiera basta saber buscar y encontrar información. Hacen falta estructuras culturales desde las que interpretarla y juzgarla críticamente. Por otra parte, tener cultura es mucho más que estar bien informado, incluso más que tener conocimientos (25). Tener cultura significa saber situarse en el mundo y ante el mundo con una mente flexible y autónoma (26). Y, en definitiva, la universidad puede ayudar enormemente a la "sociedad de la información" a transformarse en una auténtica "sociedad del conocimiento". El medio para conseguir esa meta pasa por recuperar e impulsar el liderazgo cultural que debe corresponder a la universidad en la sociedad, y a ese fin es preciso fomentar, en primera instancia, la propia formación cultural del universitario.

La cultura, contrapeso de la masificación

Hasta hace sólo unas décadas la formación universitaria estaba dirigida a una élite social y económica privilegiada, que había convertido la cultura en seña de identidad, casi en una distinción de clase. La democratización progresiva del acceso a la universidad en la segunda mitad del siglo XX en España especialmente a partir de los años ochenta constituye, en este sentido, una conquista social sin precedentes. Sin embargo, esto también ha traído consigo una universidad cada vez más masificada. La crisis del modelo elitista de la cultura, concebida como posesión exclusiva o de clase de ciertas minorías privilegiadas, arrastró consigo un cierto desprestigio de la cultura en general y con-

dujo a la pérdida de liderazgo cultural por parte de la universidad (27). Tal vez esto era necesario para dejar atrás un modelo de universidad ya anquilosado. Pero la universidad es, como lo ha sido en el pasado, capaz de afrontar su propia crisis, capaz de reaccionar y de buscar medios para contrarrestar, cuando menos, los efectos negativos de la masificación. Una masa no piensa, se mueve al dictado de impulsos externos (28). El mejor remedio, pues, contra los efectos indeseables de la masificación en la universidad, pasará por acendrar en el universitario la dimensión crítica y la autonomía de juicio que aporta la cultura. Urge, entonces, devolver su protagonismo cultural a la universidad; entendida, eso sí, ahora la “cultura” no como simple erudición o como marchamo de clase, sino de un nuevo modo adaptado a las exigencias de nuestro tiempo.

Cultura vs. mercadotecnia

Si algo caracteriza, en especial en la actualidad, al concepto de “cultura” es justamente la dificultad de su definición precisa y el que sea un concepto muy polémico y en crisis. Los grandes conceptos históricos, y el de cultura podría ser uno de los mayores, resultan indefinibles (29). No hay, ni puede haber, un concepto unívoco de cultura: pues, como la antropología y la sociología han venido subrayando desde finales del XIX, toda cultura tiene un carácter esencialmente social o grupal (30); lo que nos lleva en consecuencia, a hablar de “culturas”, en plural, y de “multiculturalidad” (31). El concepto de cultura se ha convertido en un “cajón de sastre” que ha pasado a englobar todas las prácticas humanas (32) y al mismo tiempo ha degenerado en una mera etiqueta adjetivante más que sustantiva (cultura organizacional, cultura de la empresa, cultura de la pobreza, cultura del ocio, cultura del vino, cultura del agua, etcétera). La cultura es, por otra parte, un instrumento de control social del individuo –de sus afectos (N. Elias), o de sus impulsos sexuales y agresivos (S. Freud)– para adaptarlo a un determinado marco de significados y prácticas, pero ofreciéndole a cambio ámbitos de sentido a sus acciones.

Sin embargo, la actual mercantilización de nuestra cultura está convirtiéndola en verdadera industria “vehiculizada por los medios de comunicación” y otros “medios de producción, divulgación y distribución de información que transforman todos los sectores de la economía global”, perfi-

lando identidades, produciendo determinados significados, movilizándolo pasiones, legitimando formas de poder y relaciones sociales específicas, y produciendo, en fin, un paisaje tan culturalmente homogéneo como socialmente injusto (33). La “cultura actual” constituye una forma de dominación, manipulación y, en definitiva, control heterónimo, dirigidos básicamente al consumo mucho antes que un marco de sentido para la acción humana. Frente al ideal clásico occidental del autodomínio y el perfeccionamiento humanos a través de la educación, el marco de las acciones humanas lo define hoy la ideología neocapitalista, que cabe calificar de inculta y bárbara, porque desdibuja al ser humano, reducido a consumidor “interpasivo” (34), y lo convierte en mero engranaje de un mecanismo sin sentido (35). Está verdaderamente en cuestión si nuestra cultura occidental será capaz de dar respuesta a su propia crisis (36).

Estas fuertes tensiones y contradicciones culturales de nuestro mundo actual apenas se aprecian en la que pasa hoy por ser “definición oficial y mundial de la cultura”, elaborada por la UNESCO en 1982 en México y ratificada en Estocolmo en 1998 (37). Más sencilla y precisa a nuestros fines resulta la renovada definición de “cultura” que nos ofrece la 22ª edición del Diccionario de la Real Academia Española:

1. *Cultivo*.
2. Conjunto de *conocimientos* que permiten a alguien desarrollar su *juicio crítico*.
3. Conjunto de *modos de vida* y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etcétera” (las cursivas son nuestras).

Al margen del carácter “patrimonial” de la cultura al que alude la segunda parte de la acepción tercera, el resto de la definición se centra en las notas básicas que deben caracterizar hoy a la persona culta. Para empezar, es una persona “cultivada” o, como decimos a veces, “formada” (38) a través de amplios y diversos conocimientos. Ahora bien, la cultura, por lo que respecta a la persona que la posee, no es el conocimiento mismo, no es mera erudición o posesión de datos de información; sino que lo que hace a una persona culta o cultivada es el poso que la adquisición de tales conocimientos deja en ella, en su “modo de vida”, y que le permite desarrollar su “juicio crítico”. Este carácter crítico constituye en la actualidad un aspecto esencial en la persona culta ante la creciente incultura de la manipulación. Goebbels, ministro de propaganda de Hi-

tlar, se echaba la mano a la pistola cuando oía la palabra “cultura”. Porque la persona culta disiente y cuestiona. Y ello, ciertamente, tiene su reflejo incluso en lo político, no entendido trivialmente como afiliación a un partido, sino en cuanto a su sentido originario de preocupación por la organización de lo colectivo y en cuanto denuncia de sus insuficiencias e injusticias y exigencia de su reparación. La despolitización es, de hecho, requisito y presupuesto básico de la ideología mercantilista actual, que trata de convencernos de la inevitabilidad de concebir y apoyar la globalización bajo un prisma estrictamente economicista (39). La exigencia de una globalización de la sanidad, de las libertades, de la educación y, en fin, de la cultura, es hoy, cabría decir, un requisito ético fundamental para toda persona verdaderamente culta.

La cultura exige, pues, conocimientos, familiaridad con el acervo recibido de quienes nos han precedido; pero también compromiso crítico, ético y político, con la causa común de la humanidad. De hecho, lo primero, los conocimientos, han de servir para lo segundo, la mejora de lo humano. De otro modo, la cultura no está viva, “se momifica” y no resulta fértil. En realidad, cabe decir que la cultura actualmente exige un mayor compromiso ético y político que nunca, por cuanto nunca en el pasado hubo los medios técnicos y materiales de los que hoy disponemos para reducir la injusticia y la desigualdad entre los seres humanos. La cultura hoy aparece, de un modo irrenunciable, la crítica y hasta la denuncia, y la utilización activa de la sabiduría acumulada por nuestros antepasados para la eficaz transformación del mundo presente. La cultura teórica ha de traducirse, pues, en una cultura práctica, y dar lugar a una auténtica “ofensiva crítica cultural” que corrija y mejore nuestro modo de vida.

Así debería ser, pero la situación es otra y sobre la enseñanza universitaria está repercutiendo peligrosamente esa profunda crisis actual de nuestra cultura. Carecemos de moldes culturales que ofrezcan puntos de referencia firmes para juzgar: nos falta un “mapa de nuestro mundo” con el que orientarnos en un entorno globalizado sin otro elemento estructurador que la mercadotecnia en expansión. Por otra parte, ante la superabundancia de información especializada, perteneciente a universos discursivos heterogéneos e incongruentes, estamos padeciendo una suerte de colapso de las estructuras significativas con las que hacernos cargo de ellos. La enseñanza se hiperespecializa, se vincula a la mera obtención de un puesto de trabajo, y la cul-

tura, en el mejor de los casos, se refugia en la esfera privada. No nos educamos para aprender a vivir en el mundo y contribuir a mejorarlo; nos instruimos para servir a un mundo globalizado en clave meramente económica. En realidad, este modelo de educación no hace sino traducir nuestra actual “cultura de masas”, o si lo preferimos, nuestra “incultura actual”.

Toda cultura, desde la *paideia* (40) griega que sirvió de modelo a Occidente, ha de estar sustentada en una concepción acerca del modo de actuar, de vivir y desenvolverse en sociedad, pero también ha de proporcionar ciertas vías para el perfeccionamiento humano. En otro caso, no pasará de ser una cultura agonizante. La cuestión es, pues, qué cultura reivindicar hoy, tras la crisis postmoderna, para orientar verdaderos modelos formativos y de vida. Aceptado que la universidad posee hoy menos que nunca el monopolio cultural al que aspiraba en el pasado, hay no obstante caminos para que continúe ejerciendo su papel educador, caminos que pasan por alentar el espíritu crítico y el respeto a la diferencia en un mundo sin seguridades ni caracteres unívocos (41). La universidad ha vivido muchas crisis a lo largo de sus casi mil años de historia; crisis en las que ha tenido que redefinir la comprensión de la cultura para ofrecerla a la sociedad. El único dique que puede impedir que se desnaturalice por completo pasa, justamente, por apoyar desde ella una cultura cimentada en conocimientos amplios, en perspectivas interdisciplinarias, pero también una cultura crítica y autocrítica, ética y políticamente comprometida con los problemas vitales de nuestro mundo y de nuestro tiempo.

He ahí la mejor aportación que podría hacer la universidad actual para ser una institución verdaderamente *útil* a la sociedad. Y de ahí que, contra los vientos que soplan, sea preciso reivindicar una universidad con mayor peso cultural ante la estrechez de miras y la falta de perspectivas que ofrecen visiones excesivamente centradas en la búsqueda de rendimientos económicos y en las exigencias a corto plazo del mercado laboral. De hecho, todo hace pensar que tanto el mercado de trabajo como el propio rendimiento económico de la universidad mejorarían con una enseñanza superior más enriquecedora que proporcionara profesionales de mentes más flexibles y capaces. Sin embargo, devolver a la universidad el protagonismo cultural que debe corresponderle va a exigir mucho trabajo. Y la biblioteca universitaria, que se autoconcibe como institución cultural, ha de tener, sin duda, mucho que aportar en este campo.

El papel de la biblioteca universitaria en apoyo a la cultura

Transformar la información en conocimiento

La especialización y la orientación profesional, mucho antes que cultural, características de la universidad actual, se reflejan también en igual medida en la biblioteca universitaria. Preocupada ante todo por seguir la evolución de su institución matriz, por incorporar las tecnologías más avanzadas en servicio del usuario y por adoptar las nuevas técnicas de gestión a fin de cumplir los criterios de calidad que se le exigen, la biblioteca universitaria concentra hoy casi todos sus esfuerzos en el suministro de información rápida y especializada. La ALA definió a la biblioteca universitaria en sus *Normas para bibliotecas universitarias* de 1989, como “una combinación orgánica de personas, colecciones y edificios, cuyo propósito es asistir a los usuarios en el proceso de transformar la información en conocimiento”. Lo interesante de esta definición es que no cifra la labor de la biblioteca en proporcionar información, sino en colaborar con los usuarios en la transformación de esa información en conocimiento, que es algo mucho más sutil y trascendente.

Las bibliotecas universitarias han aceptado, han tenido que aceptar y siguen aceptando el papel que la universidad, la industria editorial y la propia sociedad de la información les han impuesto, papel que descansa en la incorporación de las más sofisticadas tecnologías de la información y, en definitiva, en la asunción del modelo de conocimiento como información. Parece bastante lógico que la biblioteca considere que cumple su papel de colaboración con el usuario limitándose al suministro de información en la medida en que conocimiento e información tienden a identificarse. Al hacerlo así, las bibliotecas han puesto su mejor voluntad y profesionalidad, pero también se han convertido en transmisoras, a la vez que víctimas, de una “extraña economía de la producción del conocimiento” (42).

Las bibliotecas universitarias no tienen la culpa de esta situación, pues no están haciendo sino lo que se espera de ellas, que es acumular ingentes cantidades de información para ponerla a disposición de sus usuarios. Pero el papel mediador tradicional de la biblioteca, vinculado a las la-

bores técnicas de catalogación, clasificación e indización, podría comenzar a carecer de objeto en el entorno digital, dado que dicha función queda, en gran medida, externalizada, pues junto con la información adquiere la biblioteca sistemas cada vez más sofisticados y eficientes de acceso a la misma. El entorno digital está introduciendo cambios que no son ya sólo meramente cuantitativos, en cuanto al inmenso crecimiento del volumen de información, sino también cualitativos. En el entorno digital el soporte se convierte en intangible y el contenido se diversifica y desestructura en una infinidad de átomos de información interactiva que, además de incorporar de suyo sistemas automáticos de recuperación, parecen desbordar la capacidad epistémica de mediación de las tradicionales técnicas bibliotecarias de descripción y análisis textual, concebidas para el impreso. Por otra parte, a la vuelta de pocos años, bien podría ser que las nuevas tareas de “alfabetización informacional” que hoy ve ante sí el bibliotecario universitario resulten cada vez menos necesarias por su parte. Los propios sistemas de enseñanza asumirán probablemente la función de alfabetizar en el nuevo entorno, incluso en niveles previos al universitario. Y, por lo demás, nuestros jóvenes estudiantes van a estar cada vez más familiarizados con el mundo digital, habrán crecido en él, y el propio entorno continuará mejorando cada vez más sus sistemas internos de recuperación de información.

Filtrado y evaluación de la información

Mirado con cierta perspectiva, podría ser que el mero suministro de información o la información sobre el suministro terminaran por no justificar por sí solos el trabajo bibliotecario. Cosa distinta sería que el bibliotecario universitario se implicase más en la transformación de la información en conocimiento, que participase más activamente en los “procesos de creación de conocimiento”, que ayudase a salvar ese abismo, que a pesar suyo, se incrementa de día en día entre la producción y la comprensión del conocimiento, y que para ello hallara un medio para intensificar sus labores de filtrado y evaluación de la información. Esto significaría llevar a cabo, en alguna medida, la reestructuración de ciertos contenidos, la evaluación de su relevancia y el hacerlos más “visibles” para el usuario entre el marasmo de información disponible y en expansión (43). Intensificar su labor epistémica de mediación le exigirá al bibliotecario una cierta precomprensión y selección de con-

tenidos y la utilización de las TICs para dar más visibilidad a los de mayor relevancia. Una tarea que se adivina exigente y compleja, pero que no por ello el bibliotecario debería soslayar. Porque al bibliotecario no debería bastarle con acumular información y abandonarse a la magnífica capacidad de recuperación de los sistemas automatizados, que ya actualmente, por ejemplo, evalúan de manera muy precisa el índice de impacto de un artículo.

Cuando desde las bibliotecas se propugna hoy la eliminación de la brecha digital, se promueve el movimiento de archivos abiertos y se impulsa la digitalización de contenidos analógicos de dominio público, se busca con ello incrementar la disponibilidad universal de la información. Pero que esté disponible, incluso universalmente disponible, no va garantizar en el futuro el que, de hecho, se use. También están disponibles millones de volúmenes en los anaqueles de las bibliotecas y un buen porcentaje de ellos no se abrirá jamás. Buscar algo presupone el conocimiento de que ese algo existe. De ahí la importancia de hacer visible, de comunicar, de dar a conocer, de divulgar lo que hay, de ejercer la labor de “filtro” que Ortega, en su *Misión del bibliotecario*, demandaba al bibliotecario del futuro, un futuro que se está convirtiendo en presente (44). Se diría, pues, que, ante la superabundancia de información en aumento, el bibliotecario universitario habrá de incrementar sus labores de filtrado, evaluación y comunicación de información, lo que presupone una cierta precomprensión y estructuración de contenidos cognoscitivos. Lógicamente, al servicio de estudiantes y docentes; pero ¿con qué alcance?, ¿en qué aplicaciones concretas? Aunque pueda y deba aspirar a mejorar sus conocimientos especializados, el bibliotecario no puede ser un verdadero especialista –que sería casi tanto como decir “un investigador”– en dichas materias. Por otra parte, todo parece indicar que los automatismos del entorno digital podrían exigir cada vez menos mediaciones entre la información y el investigador, porque la distancia entre la información altamente especializada y sus fuentes se reduce hasta casi desaparecer. Todo apunta a que las tareas propiamente bibliotecarias de apoyo al investigador serán cada vez más complejas y de impacto limitado.

Mayor campo de acción parece ofrecer al bibliotecario el estudiante, especialmente bajo el nuevo modelo de enseñanza basado en el aprendizaje autónomo del alumno, que habrá de fabricarse sus propios materiales de estudio. Pero, al mismo

tiempo, la redefinición del papel del profesor como guía o tutor del aprendizaje del alumno, le encomienda la misión concreta de orientar y supervisar el estudio del alumno y la confección de materiales para el mismo. Sin duda, la biblioteca puede prestar apoyo en este proceso, pero su labor asesora necesariamente ha de ser de segundo orden con respecto a la labor asesora del profesor, quien posee la llave del campus web, que se perfila como nuevo escenario de trabajo compartido con el estudiante. No es tarea fácil para las bibliotecas hallar un medio para introducirse en ese entorno virtual de aprendizaje antes de que sea una realidad plenamente asentada. De no conseguirlo en breve, corren, en buena medida, el riesgo de quedarse al margen.

La difusión cultural en la universidad, tarea indiscutible de la biblioteca universitaria

Ante este complejo panorama, nada tiene de extraño que el bibliotecario se sienta inclinado a pensar que su labor ha de sustanciarse básicamente en aquello que, de hecho, le exige la sociedad de la información, el entramado de los grandes editores y distribuidores y la propia dinámica del sistema de prestigio universitario: acumular más y más información (45). Hay, sin embargo, una dimensión en la que el bibliotecario universitario podría hacer bastante más que eso y en la que muy bien podría llevar a cabo la labor de filtrado, evaluación y divulgación que requiere nuestro tiempo, contribuyendo así, más allá de a la mera acumulación de información, a su comprensión, a su eficaz transformación en conocimiento. Hay una necesidad importantísima de la comunidad universitaria que el bibliotecario podría contribuir mucho a satisfacer; una necesidad tan básica, y al mismo tiempo tan ajena a los intereses conscientes actuales, que resulta demasiado fácil no verla, como la carta robada de Poe. Se trata, en definitiva, de llevar a cabo una “ofensiva cultural” desde la biblioteca universitaria. A nadie ha de pedirse permiso, a nadie se ha de convencer para dinamizar la vida cultural de la universidad y para dotar de más contenido a la labor de mediación informacional del bibliotecario con una labor directa e indirecta de apoyo a la formación o, si lo preferimos, dicho impropriadamente, a la “alfabetización” cultural del universitario. Labor por cierto que, a diferencia de la meramente informacional, podría no tener para el bibliotecario fecha de caducidad. De hecho, promover la formación cultural del estudiante tiene una repercu-

sión directa en los procesos de aprovechamiento académico y creación de conocimiento (46).

La difusión cultural dirigida, en primera instancia, a la propia comunidad universitaria –al margen de su necesidad en sí misma en el contexto actual– podría actuar además como un camino abierto para la plena integración de la biblioteca universitaria en los procesos de aprendizaje e investigación; un campo de trabajo en el que mejorar nuestras habilidades de comunicación, de formación y uso aplicado de las TICs, de complemento a la formación del alumno, de colaboración directa con nuestros usuarios y, al propio tiempo, de motivación del personal a través de una labor atrayente y con contenidos. La labor cultural activa es a la vez nuestra asignatura pendiente y una ayuda eficaz para aprobar las demás.

Por supuesto que la labor cultural de la biblioteca universitaria no es algo, ni mucho menos, nuevo en sí mismo. Comenzamos precisamente haciendo referencia a ella al hablar de la extensión cultural, que se subraya siempre como tarea fundamental de la biblioteca universitaria (47). Sin embargo, la realidad es que en este campo de acción cultural directa, las bibliotecas universitarias, peculiarmente las españolas, con frecuencia relegan su papel a un discreto segundo o tercer plano y lo convierten en una suerte de “maría bibliotecaria”. Por otra parte, en las bibliotecas con larga historia a menudo se identifica demasiado la extensión cultural de la biblioteca universitaria con la difusión ante la sociedad de sus tesoros bibliográficos. Promover esta CULTURA con mayúsculas, el patrimonio bibliográfico valioso o antiguo, constituye, además de un objetivo plenamente cultural, una seña de identidad básica para una biblioteca y una universidad con historia. En esa medida, todo cuanto se haga en ese terreno es del mayor interés y ha de merecer apoyo decidido y aplauso.

Pero, más allá de ello, nos parece que es hora de afirmar en todo su alcance la tarea cultural de la biblioteca universitaria intramuros de la propia universidad en respuesta a los desafíos a los que más arriba hemos aludido. A nuestro juicio, la biblioteca universitaria puede y debe ayudar a la universidad, en la medida de sus fuerzas y posibilidades, a recuperar la dimensión cultural que le corresponde; debe contribuir en mayor grado a la formación de universitarios cultos y, en esa medida, orientar acciones y procesos hacia objetivos culturales adaptados a las necesidades formativas y curriculares de los estudiantes y a su realidad vital presente, inci-

diendo en aquellos aspectos más problemáticos y críticos de nuestra sociedad. La biblioteca universitaria podría contribuir mucho a dinamizar y alimentar la vida e inquietudes culturales de la comunidad universitaria con acciones culturales más cercanas y visibles, tanto *in situ* en los propios centros, como en general con ayuda de las TICs.

Cabría decir que, a día de hoy, la propia universidad no nos exige una orientación semejante, pues ella misma está aún lejos, por los motivos antes expuestos, de movilizarse eficazmente en esa dirección (48). Pero eso no quiere decir que la universidad no esté dispuesta a apoyar, con entusiasmo y con recursos, toda iniciativa bien planteada de apoyo a la cultura que le propongan sus bibliotecas. Por lo demás, podría criticársenos que desde la biblioteca queramos “enmendarle la plana” a la universidad y complicarnos la vida con un servicio no institucionalmente demandado, exigente respecto de las competencias propias de nuestro oficio y que resultará, probablemente, difícil de prestar. Incluso podría criticársenos que pretendamos abandonar nuestra tradicional “neutralidad axiológica” implicándonos en la denuncia y la crítica que apareja hoy toda verdadera labor cultural (49).

A esto cabe responder varias cosas. En primer lugar, que los bibliotecarios somos universitarios que han completado un ciclo formativo académico, que ejercemos una profesión intrínsecamente vinculada al servicio de la universidad, en íntima conexión con su labor formadora e investigadora (50). Es responsabilidad de la biblioteca identificar las auténticas necesidades de sus usuarios, y pocas cosas son hoy tan necesarias en la universidad como la elevación del nivel cultural del universitario. Corresponde, además, a la biblioteca universitaria, en tanto que biblioteca y en tanto que universitaria, definir el alcance de sus acciones y no limitarse a ser un ejecutor pasivo de imposiciones externas. Por otra parte, no se trata de que la biblioteca universitaria realice ella por sí sola, y únicamente con sus propios medios, labores de difusión cultural; ha de saber buscar apoyos y sacar el máximo partido de esa “cultura de la colaboración” que tan buenos frutos está dando en el plano bibliotecario. Hemos de aprender a colaborar más estrechamente con docentes y estudiantes y buscar fórmulas para que ellos quieran colaborar con nosotros en algo que es de todos y nos interesa a todos: la promoción de la cultura.

En segundo lugar, si, como parece, el bibliotecario universitario está destinado a

intensificar su labor epistémica de mediación, evaluación y filtrado de información, sin duda dicha labor habrá de desafiar más los límites y capacidades intelectuales de nuestra profesión por lo que respecta al apoyo cada vez más especializado al investigador que por cuanto pueda tocar a la difusión cultural. Eso sí, esta última labor entraña una búsqueda de interdisciplinariedad que nos va a exigir buenas dosis de imaginación y trabajo.

En tercer lugar, convendrá advertir que si la biblioteca universitaria se limita a ofrecer un “neutro” servicio informativo especializado, lejos de mantenerse “neutral”, estará siguiendo las consignas ideológicas de quienes pretenden que el conocimiento se reduzca a conocimiento operacional, y la cultura a “floklore”. Ni la educación es neutral, ni la cultura puede serlo; y, desde luego, tampoco lo es en absoluto “la información” (51). No existe la neutralidad axiológica. Limitarse a dar información es una postura tan ideológica como promover la crítica cultural. Es cuestión de elegir de qué lado estamos. Esto no quiere decir en absoluto que no debamos dar, y del modo más eficaz posible, la información especializada que nos demandan nuestros usuarios; quiere decir que no tenemos por qué conformarnos con ello y que, de hecho, no debemos hacerlo. Ofrezcamos cultura además de información; contribuyamos a formar universitarios críticos. Y si esto nos supone más trabajo, será cuestión de acabar con ciertas visiones estrechas, cómodas y, a nuestro juicio, desfasadas de nuestra profesión, que está obligada a responder a los retos, no sólo tecnológicos, que de ella exige el siglo XXI. La biblioteca universitaria puede y debe convertirse en una herramienta estratégica importante de la universidad para contribuir a reactivar su papel de ofrecer formación cultural. La especialización de las enseñanzas dificulta mucho que sean los propios docentes quienes, más allá de su actividad especializada, puedan, desde la soledad de su docencia, promover objetivos culturales de fondo. Las propias facultades y escuelas padecen una situación semejante. La biblioteca, en cambio, posee una posición estratégica privilegiada para promover tales acciones culturales generales e interdisciplinarias y puede ofrecer a docentes y estudiantes plataformas, foros y contenidos culturales para la comunicación y el intercambio de ideas. Naturalmente, la biblioteca por sí sola no puede cambiar la universidad ni el estrecho modelo de conocimiento vigente, pero es su deber trabajar para promover los cambios que nuestra universidad y nuestra sociedad requieren. La biblioteca,

como la propia universidad, debe dejar de moverse dentro del limitante marco del conocimiento entendido como información, o como mero conocimiento operacional o instrumental, y pasar a ejercer un papel cultural mucho más activo, que repercute además muy positivamente sobre sus labores de apoyo a la investigación y apoyo al aprendizaje.

Difundir y dinamizar la vida cultural universitaria desde la biblioteca

Nuestras bibliotecas universitarias deberían confeccionar programas continuados de acción cultural destinados, en primera instancia, a fortalecer la formación cultural del estudiante, a fomentar en él perspectivas interdisciplinarias y a crear un tejido y un ambiente culturales en los campus universitarios y a través de la web. Al mismo tiempo, la promoción cultural actuaría como herramienta estratégica para promover y hacer más visibles los recursos bibliotecarios (colecciones impresas y digitales, e-prints, tesis, bases de datos, colecciones especiales, etcétera) y el desarrollo de algunos aspectos del modelo CRAI, como la formación del bibliotecario en el uso aplicado de las TICs y la edición digital, la ampliación de infraestructuras tecnológicas que ofrezcan plataformas para ampliar el papel informativo de la biblioteca y el apoyo, a través de acciones culturales, del aprendizaje y de la investigación en la universidad.

La misión cultural de la biblioteca universitaria, orientada, en primera instancia, al servicio de la propia universidad, debe incluir dos facetas entrelazadas en la práctica:

Difundir la cultura, de cara a favorecer la inserción cultural plena del universitario:

- Mostrando y exponiendo en los centros los recursos de información de todo tipo de que dispone o a los que puede acceder la biblioteca en torno a determinados asuntos, tanto próximos a las disciplinas de estudio como interdisciplinarios y de interés sociocultural.
- Confeccionando pequeños guiones que estructuren los contenidos y organicen la presentación de los materiales.
- Organizando actos culturales en los centros, para los que ha de recabarse la colaboración y participación de docentes, estudiantes, de otros bibliotecarios

rios y de profesionales que realicen trabajos de impacto cultural en ámbitos no universitarios, como es el caso de muchos escritores o científicos.

Dinamizar la vida cultural universitaria.

- A este objeto habrá que procurar:
- Contribuir en mayor medida a hacer de la universidad un lugar que invite al estudio, a la reflexión y al debate. Es preciso fomentar desde la biblioteca el diálogo, el intercambio de ideas, la polémica creativa, la curiosidad por aprender y, en fin, por leer (52) y saber.
 - Utilizar las TICs para salir del tradicional encierro en nuestros locales de biblioteca y poblar otros espacios de los campus con acciones tanto informativas como culturales, ampliando la presencia y el influjo de la biblioteca en la actividad y la vida universitarias.
 - Contribuir a erradicar la concepción de la cultura como "cosa del pasado", como un conjunto de conocimientos apollillados o aburridos, procurando hacer comprender a nuestros estudiantes, de forma asequible y atractiva, lo fértil que resulta conocer el acervo cultural, dominar las armas de la cultura, para afrontar los desafíos presentes y futuros.
 - Hacer de la cultura una realidad viva y polémica que le hable al estudiante y le sirva para insertarse mejor en la vida, de forma responsable y crítica, que es lo que significa el modo de ser cultural (y no meramente animal o natural) del ser humano.

En función de los distintos tipos de actuaciones a realizar, se incidirá más en la utilización de unos u otros de los siguientes medios técnicos:

- Exposiciones de fondos bibliográficos de la biblioteca: libro antiguo (facsimil, digitalizado o fotocopiado), obras fuentes (diversas ediciones y traducciones), obras de referencia (bibliografías, diccionarios, enciclopedias temáticas, etcétera), revistas en papel, literatura secundaria, etcétera.
- Materiales multimedia en pantallas y equipos: videos, DVDs, CDs, CD-ROMs, microformas, fotografías, etcétera; materiales digitalizados al efecto (textos, imágenes, grabaciones de sonido, etcétera).
- Otros recursos digitales accesibles a través de la web de la biblioteca, incluyendo la información digital (bases de datos y otros recursos electrónicos continuos).
- Confección de guiones explicativos con la colaboración de docentes y alumnos (53).

- Cartelería y pies explicativos.
- Presentaciones en Power Point.
- Confección de documentos web visualmente atractivos, que proporcionen diversos enlaces a recursos seleccionados, proporcionando acceso interactivo al usuario.
- Creación de blogs, foros asociados y otros instrumentos de la biblioteca 2.0, favoreciendo con ello la participación del estudiante.
- Organización de charlas, coloquios y conferencias paralelas. Se emitirán en circuito cerrado en las pantallas de los centros y se grabarán y retransmitirán a petición del usuario que elija esa opción en las pantallas interactivas o en la web, donde quedarán alojadas y catalogadas como documentos multimedia.
- Organización de otras actividades: cine-forum, recitales de lectura o musicales, representaciones teatrales, presentaciones de libros de miembros de la comunidad universitaria o de especial interés para ella, conciertos, etcétera.

No todas las actuaciones culturales han de tener por fuerza el mismo alcance, ni los mismos destinatarios concretos, ni utilizar los mismos medios de apoyo. En función de los objetivos concretos perseguidos, de los aspectos formativos que se pretende reforzar y de los intereses y necesidades de los estudiantes de las diversas carreras para los que se conciben, cabe diseñar actuaciones culturales en diferentes niveles, con diferentes alcances y utilizando diferentes medios. La programación de actividades culturales ha de ser fruto, pues, de un esfuerzo colectivo de reflexión de la biblioteca y de un proceso complejo de diálogo, discusión y análisis en el que debería participar toda la comunidad universitaria.

Para ello las bibliotecas universitarias deben identificar las materias fundamentales y núcleos temáticos principales de las nuevas titulaciones (54); seleccionar los recursos de información disponibles más destacados para servir de base a las acciones de refuerzo cultural en torno a los núcleos temáticos identificados; y proponer acciones culturales de apoyo curricular intracentro y actuaciones intercentros de alcance interdisciplinario, así como sugerir actividades complementarias que las refuercen. Los bibliotecarios habrán de dialogar y solicitar la colaboración y asesoramiento oportunos por parte de las autoridades académicas y Juntas de Centro, las Comisiones de Biblioteca y los profesores e investigadores de los centros, así

como dar voz a las sugerencias de los alumnos, tanto directamente a través de acciones promocionales y foros como a través de sus representantes. La promoción de las actividades culturales ha de comenzar en la propia gestación de las mismas. Es esencial buscar activamente el compromiso de la Universidad, de los centros y de todos sus miembros desde la misma programación de las actuaciones.

La implicación de docentes e investigadores en cuanto al asesoramiento y participación en las actuaciones culturales nos permitirá identificar mejor sus propias necesidades e intereses, así como mantener un contacto fluido que reducirá la tradicional distancia que nos separa de ellos; nos dará la oportunidad para ponerles al tanto de nuestros recursos y herramientas de forma aplicada y práctica, así como para demostrarles nuestras propias capacidades profesionales, a fin de colaborar más estrechamente también en el terreno del apoyo directo a la docencia y la investigación. El de la difusión cultural es buen campo para hacerles entender hasta qué punto la biblioteca es una herramienta útil a su servicio y lo mucho que podemos aportar a su trabajo.

La cooperación del estudiante en la realización de actividades culturales y su asistencia a las mismas, que habrán de ser buscadas y estimuladas por la biblioteca mediante las estrategias de marketing oportunas, constituirá también una ocasión excelente para llevar a cabo acciones integradas de ALFIN y reforzar las competencias informacionales del alumno; para instruirle de forma directa e indirecta en la utilización práctica de fuentes de información, tanto propias como ajenas a la biblioteca; para experimentar la utilización de métodos activos e interactivos ("Big Six Skills", "Big Blue", etcétera), y, en definitiva, para detectar de primera mano y hacer que ellos mismo reparen en sus intereses y necesidades tanto informativos como culturales. Doctorandos y Becarios de Investigación, por lo demás, tienen mucho que aportar y sugerir en el terreno cultural y pueden ser unos grandes interlocutores, asesores y colaboradores directos para sus respectivas bibliotecas.

Cooperación interbibliotecaria y con otras instituciones

El efecto multiplicador de la cooperación interbibliotecaria e institucional en

materia de difusión cultural, que hará posible coordinar y poner en común las actuaciones culturales de diversas bibliotecas, es potencialmente inmenso. La programación conjunta de actividades culturales permitirá ampliar su espectro y sumar esfuerzos y recursos a todos los niveles: recursos humanos, financiación, materiales para exposición, actividades culturales complementarias, etcétera. El carácter acumulativo de la acción cultural, la reutilización de materiales que hace posible y el aprendizaje continuo e intercambio de ideas que aporta, no pueden sino verse enormemente beneficiados con el fomento en este terreno de la cooperación interbibliotecaria y con otras instituciones en diversos niveles:

- *Con bibliotecas universitarias*, a partir de los consorcios, las redes generales (REBIUN) y las redes especializadas (DOCUMAT, MECANO, etc.). Proponemos que la cooperación en difusión cultural se contemple en las líneas estratégicas de todos estos organismos.
- *Con otros tipos de bibliotecas*: públicas (estatales, autonómicas, municipales, institucionales), Bibliotecas Nacionales, privadas (Fundaciones, Obras sociales de bancos y empresas, etc.), especializadas, especiales (para discapacitados, de hospitales, de cárceles, de inmigrantes, etc.), bibliotecas de la UE e Iberoamérica, bibliotecas de países económicamente desfavorecidos, etcétera.
- *Con otras instituciones*: museos, archivos, editoriales, empresas de todo tipo, institutos de investigación y toda suerte de instituciones públicas y privadas que realicen o estén interesadas en el fomento de la cultura.

Conclusión

La difusión cultural ha de constituir una gran herramienta y, en realidad, un medio natural de impacto social de las bibliotecas universitarias, un medio privilegiado para hacer repercutir sobre la sociedad y sus colectivos más desfavorecidos el gran acervo cultural que atesoran, así como la conciencia crítica y conocimientos actuales necesarios para afrontar los grandes problemas de nuestro mundo y los desafíos que vendrán. Para ello los bibliotecarios universitarios debemos convencernos de la necesidad de esta tarea, de trabajar entre nosotros y con las demás instituciones culturales a fin de llevarla todos juntos adelante. Desde estas páginas defendemos, con energía y convencimiento, que la difusión y dinamización de la vida cultu-

ral universitaria debe convertirse en objetivo esencial de la misión de toda biblioteca universitaria. El horizonte que esta labor abre a nuestras bibliotecas y bibliotecarios universitarios españoles desborda el marco habitual de muchas reflexiones y preocupaciones recurrentes acerca del futuro y las expectativas de una profesión que está en riesgo de morir de éxito, aupada por un espectacular avance tecnológico que hemos, sin duda, de aprovechar pero que no debería deslumbrarnos y, consiguientemente, arruarnos. La intensa labor cultural que la biblioteca universitaria tiene ante sí ofrece perspectivas, sin duda exigentes en lo profesional, pero también apasionantes, motivadoras y vivificadoras para poner a nuestra profesión al servicio de las verdaderas necesidades de nuestros usuarios, que pasan hoy, de forma urgente, por acendrar la formación cultural del universitario del siglo XXI. ◀▶

Notas

- (1) La Ley 16/1985, del Patrimonio Histórico Español, define las bibliotecas como "instituciones culturales... al servicio de la educación, la investigación, la cultura y la información". La nueva Ley 10/2007, de la Lectura, del Libro y de las Bibliotecas, recalca el papel cultural de estas últimas al conferirles como finalidad "promover la difusión del pensamiento y la cultura contribuyendo a la transformación de la información en conocimiento, y al desarrollo cultural y la investigación". "Referirse a bibliotecas en el sector cultural es hacerlo acerca de uno de los pilares fundamentales, si no el que más, de la cultura occidental y, seguramente, de la universal en su conjunto" (VIVES, Pedro A. *Glosario crítico de gestión cultural*. Granada: Comares, 2007, p. 60). Por su parte, Manuel Carrión afirma: "La maduración de la sociedad y la participación creadora y fructiva en la cultura descansan sobre la comunicación y ésta hoy no es posible sin las bibliotecas" (*Manual de bibliotecas*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1995, p. 50).
- (2) *Real Decreto 582/1989 por el que se aprueba el Reglamento de las Bibliotecas Públicas del Estado y del Sistema Bibliotecario Español*. Art 2.
- (3) GARCÍA, Ana Teresa. "Política bibliotecaria. Convergencia de la política cultural y la política de información". En: *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*. Junio 2003, nº 71, pp. 26-27 [en línea] [consulta 20 de julio de 2007] Disponible en: <http://www.aab.es/pdfs/baab71/71a1.pdf>.
- (4) *Reglamento de la Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid*, de 5 de diciembre de 2006.
- (5) La nueva Ley del Libro parece vincular el papel cultural de la biblioteca universitaria con el fomento de la lectura: "Las bibliotecas, muy especialmente las públicas, las escolares y las universitarias, desempeñan un papel insustituible en el desarrollo, mantenimiento y mejora de los hábitos de lectura, en la medida en que garantizan, en condiciones de igualdad de oportunidades, el acceso de todos los ciudadanos al pensamiento y la cultura" (capítulo II, art. 3, punto 3).
- (6) IFLA, en la línea de la ALA, ha convertido la "responsabilidad social" de las bibliotecas en uno de sus

tres pilares básicos: <http://www.ifla.org/III/IFLA3Pillars.htm>

Al respecto, cfr. KAGAN, Al. *IFLA and Social Responsibility: A Core Value of Librarianship*. In *Libraries, National Security, Freedom of Information Laws and Social Responsibilities: IFLA/FAIFE World Report*. Ed. Susanne Seidelin and Stuart Hamilton, pp. 33-43. Copenhagen: IFLA/FAIFE, 2005. [en línea] [consulta 12 de julio de 2007]

<http://www.indiana.edu/~libsac/african/IFLA.pdf>

En el caso español, cfr. GÓMEZ, José Antonio. *El carácter emprendedor y social en la profesión bibliotecaria* [en línea] [consulta 12 de julio 2007] Disponible en: <http://www.thinkepi.net/repositorio/el-caracter-emprendedor-y-social-en-la-profesion-bibliotecaria/>

TORRES, Marta. "La función social de las bibliotecas universitarias". En: *Boletín de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios*. Septiembre 2005. nº 80, pp. 43-70 [en línea], [consulta 12 de abril de 2007]. Disponible en: <http://www.aab.es/pdfs/baab80/80a2.pdf>

El *Plan Estratégico 2007-2009* de la BUCM recoge explícitamente en el punto 3.2 la función social activa de la biblioteca como una de sus líneas estratégicas. Disponible en: <http://www.ucm.es/BUCMM/intranet/doc7519.pdf>

- (7) "Los profetas del nuevo evangelio neoliberal nos dicen que, en materia de cultura como en otros ámbitos, la lógica del mercado sólo puede resultar beneficiosa. Rechazando la especificidad de los bienes culturales, ya sea de manera tácita, ya sea de manera explícita, como a propósito del libro, para el que rechazan cualquier clase de protección, afirman por ejemplo que las novedades tecnológicas y las innovaciones económicas que las explotan sólo podrán aumentar la cantidad y la calidad de los bienes culturales ofrecidos, y por lo tanto la satisfacción de los consumidores, a condición evidentemente de que todo lo que hagan circular los nuevos grupos de comunicación tecnológica y económicamente integrados, es decir, tanto mensajes televisivos como libros, películas o juegos, global e indistintamente subsumido bajo el nombre de información, sea considerado una mercancía cualquiera, por tanto tratado como cualquier producto, y sometido a la ley del beneficio" (BOURDIEU, Pierre. *Contratufuegos 2. Por un movimiento social europeo*. Barcelona: Anagrama, 2001, p. 83). En la misma obra, Bourdieu pone en evidencia los peligros que acarrean las políticas estatales promovidas por la Organización Mundial del Comercio, que podrían suponer "el final de la idea de servicio público y de adquisiciones sociales tan decisivas como el acceso de todos a la educación gratuita y a la cultura en el sentido amplio del término (la medida también piensa aplicarse, a la espera de una modificación de las clasificaciones en vigor, a servicios como los audiovisuales, las bibliotecas, los archivos y los museos, los jardines botánicos y zoológicos y todos los servicios relacionados con el ocio, artes, teatro, radio y televisión, deportes, etcétera)" (op. cit., pp. 93-94). Entre las reacciones bibliotecarias españolas a esta amenaza neoliberal, podemos citar: LÓPEZ, Pedro y GIMENO, Javier (coords.). *Información, conocimiento y bibliotecas*. Gijón: Trea, 2005. También: GIMENO, Javier. *Hacer libre y universal el pensamiento, la cultura y la información*. Ponencia presentada en el V Congreso Internacional Cultura y Desarrollo [en línea]. [consulta 12 de abril de 2007]. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=53382>

- (8) "Las bibliotecas universitarias no pueden ser ajenas a la función cultural de la universidad, por lo que, de

forma independiente, o en colaboración con los departamentos universitarios correspondientes, debe implicarse en la organización de actividades de tipo cultural" (MERLO, José Antonio, op. cit., p. 31).

- (9) "Estamos siendo testigos de un cambio importante, en el cual la educación superior está dejando de ser una forma de transmisión cultural para pasar a ser un medio de generación de capital económico" (BARNETT, Ronald. *Los límites de la competencia. El conocimiento, la educación superior y la sociedad*. Barcelona: Gedisa, 2001, p. 197).
- (10) No obstante, autores como Z. Bauman, advierten que la capacidad de adaptación de las universidades es escasa y lenta y que, trasnochado ya en los países ricos su papel de formar élites, la orientación profesional y mercantilista podría terminar resultando igualmente inútil: "En la práctica esto significa someterse a los estrictos criterios de mercado y medir la 'utilidad social' de los productos universitarios... como una mercancía más que todavía tiene que luchar por hacerse sitio en los abarrotados estantes del supermercado, como una mercancía más cuya calidad todavía ha de probarse según su éxito de comercialización. Muchos académicos abrazan gustosos la nueva realidad, anhelantes de convertir la universidad en una empresa y viendo una estimulante oportunidad donde antes se veían amenazas. [...] Con la rápida subida de la matrícula y del coste de la vida no es totalmente descabellado suponer que pronto se descubra que una educación universitaria no ofrece, en términos de mercado, una buena relación calidad-precio, e incluso puede quedarse fuera del todo de la competencia". (BAUMAN, Zigmunt. *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra, 2001, pp. 152-155).
- (11) "La universidad actual tiene cinco objetivos básicos. El primero es la *transmisión de la cultura*". Pero "la transmisión de una cultura es cada vez más un aspecto menos importante en la universidad" (MIGUEL, Jesús M. de; CAÍIS, Jorge y VAQUERA, Elizabeth. *Excellencia. Calidad de las universidades españolas*. Madrid: CIS, 2001, p. 387). La *Ley Orgánica 6/2001, de 21 de diciembre, de Universidades* señala a las universidades, se refiere a la "cultura" en tres de ellas, mientras que se menciona el término "profesional" sólo una vez. Los *Estatutos de la UCM (Decreto de la C. A. de Madrid 58/2003, de 8 de mayo)* señalan, por su parte, siete funciones en las que se concreta su labor de servicio de la sociedad. Cuatro de ellas se refieren directamente a la promoción de la "cultura" como tarea fundamental y una más a la necesaria formación en "valores", mientras que sólo se mienta el término "profesional" en una única ocasión.
- (12) "En una civilización dominada por la técnica, la acción cultural debe ejercer una influencia creciente, complementando la acción educativa y científica con el fin de asignarle una finalidad y de ponerla al servicio del espíritu" (GUÉRIF, Jacques. *Las políticas culturales. Crónica de la UNESCO*. París: UNESCO, mayo 1968, p. 202)
- (13) Como afirma Dominick LACAPRA (*Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*. México: FCE, 2006, p. 268), "las referencias a Durlkheim, Heidegger y Habermas indican que la sensación de que la universidad está en crisis ha sido un 'topos' recurrente del pensamiento moderno, sobre todo entre los intelectuales". Ya una generación atrás esta sensación se agudizó (cfr. WALLERSTEIN, Imanuel y STARR, Paul (comps.). *The University Crisis Reader: The Liberal University Under Attack*. Nueva York: Random House, 1971, vol 1). En los últimos años ha alcanzado un "tono elevado" con obras como la de READINGS, Hill. *The University in Ruins*. Cambridge: Harvard

University Press, 1996. "Lo que está definitivamente en ruinas. a ojos de Readings, es la universidad de la cultura. que aportaba sujetos-ciudadanos al Estado nación y donde las humanidades eran la sede de la educación liberal, la religión desplazada y la cultura formadora de identidad"; la universidad actual se estaría transformando en una "corporación, en sentido moderno y mercantilista", "una universidad en ruinas orientada al mercado, que trata a sus estudiantes como consumidores y busca ejecutivos corporativos, planeamiento estratégico, mercadeo multicultural y globalización de sus productos". Lacapra no llega tan lejos, pero le concede a Readings que "el sistema académico actual se ha vuelto, o al menos amenaza con volverse, excesivamente sumiso al pragmatismo a corto plazo y los relativamente modificados mecanismos de mercado que operan en el resto de la economía y la sociedad" (op. cit., pp. 273 y ss.)

- (14) "La educación no está independizada del poder, y por lo tanto, encausa su tarea hacia la formación de gente adecuada a las demandas del sistema. Esto es en un sentido inevitable, porque de lo contrario formaría a magníficos "desocupados", magníficos hombres y mujeres "excluidos" del mundo del trabajo. Pero si esto no se contrabalancea con una educación que muestre lo que está pasando y, a la vez, promueva el desarrollo de las facultades que están deteriorándose, lo perdido será el ser humano. Y sólo habrá privilegiados que puedan a la vez comer, tener una casa y un mínimo de posibilidades económicas, y ser personas espiritualmente cultivadas y valiosas. Va a ser difícil encontrar la manera que permita a los hombres encontrar buenos trabajos y a una vida que cuente con la posibilidad de crear o realizar actividades propias del espíritu" (SÁBATO, Ernesto. *La resistencia*. Barcelona: Seix Barral, 2005, p. 69).
- (15) "Interdisciplinarietà es otro término que está desapareciendo del léxico de la enseñanza superior. Siempre estuvo más presente en su discurso que en sus prácticas, pero ahora hasta está desapareciendo del lenguaje de esa comunidad" (BARNETT, Ronald. *Los límites de la competencia. El conocimiento, la educación superior y la sociedad*, p. 181, op. cit.).
- (16) A ello se refiere Ronald Barnett, al hablar de la "supercomplejidad" de la era postmoderna. Cfr. BARNETT, Ronald. *Claves para entender la universidad en una era de supercomplejidad*. Girona: Pomares, 2002, pp. 21-22.
- (17) Bill Readings (*The University in Ruins*. Cambridge: Harvard University Press, 1996) propone para ello la creación de "grupos de trabajo" formados por especialistas diversos. Dominick Lacapra (*Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*. Op. cit., pp. 268 y ss.) apuesta por una "ciudadanía intelectual crítica", idea ésta que recuerda mucho a la propuesta kantiana de la "ciudadanía cosmopolita". Por su parte, Ronald Barnett apela a la "interdisciplinarietà crítica" como tarea básica para la nueva universidad (cfr. BARNETT, Ronald. *Claves para entender la universidad en una era de supercomplejidad*. Op. cit., p. 141).
- (18) "La información procesa los datos de los sentidos y esto sólo constituye conocimientos a partir de la intervención de un esquema conceptual que actúe sobre ellos. Los esquemas no se encuentran en los datos sensoriales. Sin análisis, interpretación y comprensión, la información es ciega" (BARNETT, Ronald. *Los límites de la competencia. El conocimiento, la educación superior y la sociedad*, p. 69, Op. cit.). Este fue, de hecho, uno de los grandes descubrimientos de Kant: "Los pensamientos sin contenido son vacíos, las intuiciones sin conceptos son ciegas" KrV [A51, B75]

Para Kant, el sujeto aporta significado porque busca sentido en la información que nos suministra el mundo. En definitiva, el significado aportado por el sujeto se articula en torno a lo que Kant llama las grandes ideas de la razón, y que no eran sino las grandes ideas culturales occidentales de la época: Dios, alma, mundo. En nuestra época, en cambio, tales ideas culturales han sido dejadas atrás y lo que, a fin de cuentas, las ha sustituido es la "industria cultural". En palabras de Horkheimer y Adorno: "La tarea que el esquematismo kantiano esperaba aún de los sujetos, a saber, la de referir por anticipado la multiplicidad sensible a los conceptos fundamentales, le es quitada al sujeto por la industria. Ésta lleva a cabo el esquematismo como primer servicio al cliente. En el alma, según Kant, debía actuar un mecanismo secreto que prepara ya los datos inmediatos de tal modo que puedan adaptarse al sistema de la razón pura. Hoy, el enigma ha sido descifrado. Incluso si la planificación del mecanismo por parte de aquellos que preparan los datos, por la industria cultural, es impuesta a ésta por el peso de una sociedad -a pesar de toda racionalización- irracional, esa tendencia es transformada, a su paso por las agencias del negocio industrial, en la astuta intencionalidad de éste. Para el consumidor no hay nada por clasificar que no haya sido ya anticipado en el esquematismo de la producción" (HORKHEIMER, Max y ADORNO, Theodor W. *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta, 2005, pp. 169-170).

- (19) Seguimos en esto a Ronald BARNETT en: *Los límites de la competencia. El conocimiento, la educación superior y la sociedad*, pp. 22 y 138, op. cit.
- (20) "La sociedad del aprendizaje genera más y más información. En consecuencia, solemos escuchar frases como 'la sociedad de la información' o 'la sociedad del conocimiento', pero no otras como 'la sociedad de la comprensión' o 'la sociedad de la sabiduría'. En este caso tampoco se trata de un uso inadecuado de la terminología. Se trata más bien de la naturaleza de la sociedad moderna, con su interés por los datos y la información. Los datos y la información se pueden acumular, vender y comprar en la economía de mercado. Se convierten en bienes. Por el contrario, no es sencillo comerciar con la sabiduría ni con la comprensión. En un sistema de educación superior centrado en el mercado, las universidades adoptan con facilidad una epistemología castrada. [...] El nuevo vocabulario que incluye términos como 'competencia', 'resultados del aprendizaje', 'acumulación de créditos', 'perfiles de aprendizaje' y se refiere a los estudiantes como 'productos', no sólo es sintomático de los cambios internos del currículo de la educación superior, sino que además evidencia una reconfiguración del conocimiento que responde a las demandas contemporáneas. En una sociedad en la cual importan la adquisición inmediata de habilidades, la acción encaminada a efectos y la información, se producen cambios en el ámbito académico respecto de cuáles son los conocimientos importantes" (op. cit., pp. 69-70).
- (21) "Si la educación superior debe desempeñar un papel en la expansión de la racionalidad en la sociedad moderna, no puede limitarse a cumplir sin más los programas que la sociedad le presenta. Sin embargo, tampoco lo logrará sosteniendo a ultranza sus propias formas de racionalidad. La educación superior no puede plantearse seriamente la empresa de promover una sociedad más autocrítica y capaz de brindar información si no asume ella misma esas características: no puede ocuparse de los problemas interdisciplinarios de la sociedad moderna si no tiene ella misma un

- carácter profundamente interdisciplinario. Tampoco puede esperar que la sociedad analice críticamente sus formas dominantes de conocimiento, aprendizaje e interacción si ella misma no está preparada" (op. cit., p. 45).
- (22) "Este es, entonces, el problema que enfrenta la universidad occidental: ¿quiere decir que debe aceptar las definiciones que la sociedad plantea acerca del conocimiento, los problemas y las habilidades (aun cuando como hemos visto, algunas de esas definiciones representan un desafío válido a las ideas epistemológicas de la universidad)? ¿O acaso la universidad debe tratar de mantener el espacio intelectual que le permita llevar adelante sus propios desarrollos en la comprensión, la captación conceptual y la reflexión? Dado su lugar en la estructura social del mundo moderno, la universidad tiene que dar respuestas, pero ¿acaso no puede mantener también su papel de institución crítica?" (op. cit., pp. 81-82)
- (23) "La competencia operacional requiere como crítica, una forma de reflexión orientada a lograr una mayor efectividad. La crítica trabaja dentro de los horizontes de la utilidad, es decir, que se la tolera en tanto apunte a cambios que tengan un valor de uso dentro de los límites establecidos. Quienes sientan la tentación de criticar las operaciones actuales, es decir, de situarse más allá de las normas y las operaciones, deberán afrontar la respuesta: ¿Pero cuál es el sentido de tu objeción? ¿Adónde nos conduce?". La crítica no es valorada en sí misma. Tiene que prometer algún beneficio tangible que se sitúe dentro de las condiciones de los límites" (Op. cit., p. 232). "Las competencias y los resultados no pueden servir como guía para un currículo de educación superior: la educación superior debe desarrollar capacidades críticas, entre las cuales se han de contar la evaluación de las competencias contemporáneas y el posible rechazo de las mismas" (pp. 121-122).
- (24) "La educación no es sólo una tarea técnica de procesamiento de la información bien organizado, ni siquiera sencillamente una cuestión de aplicar teorías del aprendizaje al aula ni de usar los resultados de pruebas de rendimiento centradas en el sujeto. Es una empresa compleja de adaptar una cultura a las necesidades de sus miembros, y de adaptar a sus miembros y sus formas de conocer a las necesidades de la cultura" (BRUNER, Jerome. *La educación, puerta de la cultura*. Madrid: Visor, 1997, p. 62).
- (25) "La meta de la educación, la cultura, es simplemente el desarrollo del buen gusto en el conocimiento y las buenas formas en la conducta. [...] Estar bien informado, o acumular hechos y detalles, es la cosa más fácil. En un periodo histórico dado hay muchos hechos que pueden ser metidos fácilmente en la mente, pero el discernimiento en la selección de los hechos significativos es una cosa sumamente más difícil, y depende del punto de vista de cada uno. Tener gusto o discernimiento requiere capacidad para pensar las cosas hasta el fondo, independencia de juicio y resistencia a ser engañado". YUTANG, Lin. *La importancia de vivir*. Barcelona: Edhasa, 2004, p. 542.
- (26) "La cultura da forma a la mente, nos aporta la caja de herramientas a través de la cual construimos no sólo nuestros mundos sino nuestras propias concepciones de nosotros mismos y nuestros poderes". "Es la cultura la que aporta los instrumentos para organizar y entender nuestros mundos en formas comunicables". "La construcción de la realidad es el producto de la creación de conocimiento conformada a lo largo de tradiciones con la caja de herramientas de formas de pensar de una cultura". (BRUNER, Jerome. Op. cit., pp. 12, 21 y 38).
- (27) La pérdida de protagonismo cultural por parte de la universidad dio lugar a que, a partir de una propuesta de Allam Bloom, los sectores conservadores norteamericanos reivindicaran en los ochenta la vuelta a la "universidad de la cultura", lo que desató ataques feroces de parte de la izquierda al carácter socialmente elitista, sexista, nacionalista y etnocéntrico de la universidad tradicional, que despreciaba además la cultura popular (cfr. WATSON, Peter. *Historia intelectual del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2006, pp. 771 y ss.). Tras muchos debates y polémicas en torno al papel de la universidad, la mayor parte de los críticos aceptan hoy, tanto desde la izquierda como desde la derecha, la necesidad de que las universidades ejerzan un mayor protagonismo cultural.
- (28) "La masa necesita una dirección. Está en movimiento y se mueve hacia algo. La dirección, que es común a todos los componentes, intensifica el sentimiento de igualdad. Una meta, que está fuera de cada uno y que coincide en todos, sumerge las metas privadas, desiguales, que serían la muerte de la masa". (CANETTI, Elias. *Masa y poder*. Madrid: Alianza, 2000, pp. 26-27).
- (29) Etimológicamente, el término "cultura" procede del latino "colere", cultivar la tierra, que Cicerón aplicó al cultivo del espíritu. Del latín "cultus" derivó también el término religioso "culto", lo que dio a la idea de cultura un "valor religioso y trascendente" que fue decayendo y extinguiéndose a lo largo de la modernidad. Cfr. EAGLETON, Terry. *La idea de cultura. Una mirada política sobre los conflictos culturales*. Barcelona: Paidós, 2000, p. 12.
- (30) Cfr. VIVES, Pedro A. Op. cit., pp. 104-105.
- (31) En la actualidad hay una gran polémica en torno al "multiculturalismo", muy criticado por autores como Alain Touraine o Slavoj Žižek, que denuncian la actitud paternalista y políticamente correcta de las sociedades occidentales en su propio seno mientras imponen la lógica de la guerra, la dominación y la explotación económica en los países de origen de sus inmigrantes. Tras la "tolerancia occidental" a otras culturas se oculta, además, una mezcla de inseguridad y confusión con respecto a la situación de nuestra propia cultura y una displicente actitud de superioridad con respecto a las demás. Por otra parte, el "multiculturalismo" podría no ser más que una pantalla de humo: "El conocimiento de otras culturas otorga la perspectiva para mirar desde otro lugar, para agregar otra dimensión y otra salida a la vida. La humanidad está cayendo en una globalización que no tiende a unir culturas, sino a imponer sobre ellas el único patrón que les permita quedar dentro del sistema mundial". (SABATO, Ernesto. *La resistencia*. Barcelona: Seix Barral, 2005, p. 55).
- (32) Este es uno de los aspectos más reiterados en las reflexiones actuales sobre la cultura. Cfr. SCHRÖDER, Gerhart; BREUNINGER, Helga (comps.). *Teoría de la cultura. Un mapa de la cuestión*. México: FCE, 2001: "La pregunta por la cultura hoy no se postula ya solamente en el contexto de las contradicciones internas del desarrollo europeo, sino mucho más en un contexto global cuyas estructuras están, por cierto, marcadas decisivamente por las contradicciones europeo-occidentales. En la discusión contemporánea se presenta en general una situación aporética. En el proceso de globalización reside una necesidad de lo total. La actualidad del concepto de cultura radica en el hecho de que el concepto parece ofrecerla. La debilidad del concepto radica justamente en el hecho de que él abarca ahora la totalidad de la realidad. La cultura se ha convertido, en la discusión actual, en un "mé-

- dium" necesario para la totalidad del pensar y actuar humanos [...]. La discusión contemporánea oscila entre la propuesta de renunciar totalmente a estos conceptos (cultura, teoría y modernidad) y los intentos de definirlos nuevamente para salvar la perspectiva de la observación y de la distancia crítica, trasladando la discusión al interior de la cultura" (pp. 8-9).
- (33) Cfr. GIROUX, Henry. *Cultura, política y práctica educativa*. Barcelona: Graó, 2001, pp. 16-17. A esta denuncia de pedagogos críticos como Giroux o P. Freire, se unen, entre otros muchos autores, grandes teóricos de la cultura como T. Eagleton y destacados sociólogos como P. Bourdieu, S. George, Z. Baumann o U. Beck, además, por supuesto, de la tradición de la filosofía crítica.
- (34) El concepto de "interpasividad", réplica del de "interactividad", lo hemos tomado de las primeras páginas de la obra de ZIZEK, Slavoj. *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur, 2007.
- (35) Cfr. SÁBATO, Ernesto. *Hombres y engranajes. Heterodoxia*. Madrid: Alianza, 2004. "Este es el destino contradictorio de aquel semidiós renacentista que reivindicó su individualidad, proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas. Ignoraba que también él llegaría a transformarse en cosa" (p. 18).
- (36) NEGΤ, Oskar. "¿Qué es eso de cultura?" En: *Revista de Occidente*. Noviembre 2004, nº 282 [en línea]. [consulta 12 de abril de 2007]. Disponible en: <http://www.revistasociales.com/articulos/97/revista-de-occidente/190/6/-que-es-eso-de-la-cultura.htm>
 "El hombre ocupa un lugar cada vez menos definido. Nunca en la historia ha habido una definición oficial tan exigua y limitada: la del hombre empequeñecido, privado de sus potencialidades y capacidades. Lo importante no es la formación, sino transformarse rápidamente, ser flexible, olvidarse de lo que se pensaba ayer. Oponerse decididamente a este disparate de un hombre manipulable, privado de toda autodeterminación y disponible en todos los aspectos, merecería llevar a cabo una amplia ofensiva cultural". Este retrato del hombre lo anticipaba ya en los años treinta Robert Musil en *El hombre sin atributos*. Por otra parte, "decir que la idea de cultura está actualmente en crisis es peligroso. ¿Es que alguna vez no lo ha estado? Cultura y crisis siempre van juntas, como Laurely Hardy" (EAGLETON, Ferry. Op. cit., p. 64). La cultura no es nunca algo hecho definitivamente, sino una realidad que viva y en transformación, como el propio ser humano. Lo cual tampoco quita que, como los seres humanos, las culturas nazcan y mueran, idea ampliamente glosada por Oswald Spengler en *La decadencia de Occidente*. Aún más, en realidad podríamos ir aún más lejos y preguntarnos, con Imre Kertész, si aún cabe reivindicar con orgullo algo así como la cultura occidental después de lo sucedido en Auschwitz (cfr. *Un instante de silencio ante el paredón: el holocausto como cultura*. Barcelona, Herder, 1999).
- (37) "En su sentido más amplio, la cultura puede considerarse actualmente como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias, [...] y la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones y crea obras que lo trascienden" (apud. VIVES, Pedro A. Op. cit., p. 105)
- (38) Este es el sentido etimológico de la *Bildung* alemana: dar forma, *Bild*, a la persona a través de la educación.
- (39) Al respecto, cfr. ZIZEK, Slavoj. *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur, 2007, pp. 25 y ss.
- (40) La "paideia" griega es un concepto intraducible que designa a la vez la educación y la cultura (cfr. JAEGER, Werner. *Paideia. Los ideales de la cultura griega*. México: FCE, 1985, pp. 3-16). Grecia ha constituido a todo lo largo de la tradición occidental el punto de referencia constante respecto del cual la cultura occidental ha ido redefiniéndose. Por el momento al menos, el retroceso constante en importancia de las humanidades y los estudios clásicos en la universidad no indica nada semejante por lo que toca a nuestra crisis actual.
- (41) "Preparar para la vida -esa perenne e invariable tarea de toda educación- debe significar, ante todo, el cultivo de la capacidad de vivir cotidianamente en paz con la incertidumbre y la ambigüedad, con una diversidad de puntos de vista y con la inexistencia de autoridades infalibles y fiables; debe significar la instilación de la tolerancia con la diferencia y la voluntad de respetar el derecho a ser diferente; debe significar el fortalecimiento de las facultades críticas y autocríticas y el valor necesario para asumir la responsabilidad por las elecciones que se hacen y sus consecuencias; debe significar la formación de la capacidad para cambiar los marcos y para resistir la tentación de huir de la libertad, con la ansiedad de la indecisión que acarrea junto con las alegrías de lo nuevo y lo inexplorado" (BAUMANN, Zigmunt. Op. cit., pp. 158-159). En esta misma línea defiende Ronald Barnett su concepto de universidad: "Una universidad no puede conservar con dignidad el título de 'universidad' a menos que apoye las virtudes colectivas de tolerancia y respeto a las personas. De hecho, esas virtudes colectivas, apoyadas en un ambiente universitario, se extienden también a las responsabilidades de persistencia y de incansable indagación. De esas virtudes y responsabilidades colectivas también fluyen, a su vez, las virtudes morales individuales de valor, diligencia y atención. Una universidad es un lugar de indagación o cuestionamiento colectivo y continuo y eso, por sí sólo, genera un horizonte de valores dentro del cual tiene que mantenerse la universidad y ésta ha de tener siempre en cuenta" (BARNETT, Roland. *Claves para entender la universidad en una era de supercomplejidad*. Op. cit., p. 45).
- (42) "Por una serie de razones, el conocimiento se nos ha escapado de las manos. Crece tan rápidamente que no podemos mantener el ritmo. En términos de nuestros sistemas sociales, de nuestros sistemas tecnológicos y de las circunvoluciones de nuestros cerebros, el universo del conocimiento en expansión excede nuestras capacidades para procesarlo y comprenderlo... La producción de conocimiento está completamente desfasada con respecto a la comprensión del conocimiento... El mercado, en forma de méritos y prestigio para la investigación y la erudición 'pública', favorece la producción textual, al margen de que haya o no un público para el producto... En esta situación, la metáfora de la biblioteca como almacén quizá resulte atractiva, pero engañosa. La metáfora del almacén implica que, en principio, se pueda acceder a todos sus contenidos, pero no es esa la situación en que nos en-

contramos. Nuestros textos de conocimiento siguen expandiéndose a un ritmo cada vez más rápido. de modo que el almacén continúa expandiéndose a su vez y también aumentará la proporción de sus contenidos, que quedarán virtualmente aprisionados en él. Producción de conocimiento y comprensión de conocimiento: el vacío que los separa no hace sino ampliarse cada vez más... La explosión del conocimiento produce, pues, una explosión de la ignorancia... En ese proceso, la comprensión del conocimiento degenera en una simple capacidad para el manejo de información" (BARNETT, Ronald. Op. cit., pp. 65-67).

- (43) Así lo afirman las recientes *Normas para bibliotecas de enseñanza superior* de la ACRL/ALA: "Con el incremento de la disponibilidad de información, las expectativas de los usuarios también han crecido sustancialmente. Cada vez más se espera que los bibliotecarios ayuden a los usuarios a evaluar la información que reciben. Estos cambios hacen aflorar el desarrollo de un nuevo papel para los bibliotecarios, un papel que sugiere una mayor y más estrecha implicación con los usuarios, y una mayor responsabilidad respecto del proceso educativo" (Association of College and Research Libraries. Standards for libraries in higher education. *College & Research Libraries News*. 64. 5 (May 2003), pp. 329-336. Disponible en: <http://www.ala.org/acrl>. Traducción: *Normas para bibliotecas de enseñanza superior*. Borrador por el Grupo de Trabajo sobre Normas para Bibliotecas Universitarias y de Investigación, de ACRL/ALA. Trad. de Cristóbal Pasadas para el Grupo de Bibliotecas Universitarias de la Asociación Andaluza de Bibliotecarios por acuerdo con la ACRL/ALA [en línea]. Disponible en: <http://www.aab.es>).
- (44) "Buena parte de los terribles problemas públicos que hay hoy planteados proceden de que las cabezas medias están atestadas de ideas inercialmente recibidas, entendidas a medias, desvirtualizadas-atestadas, pues, de pseudo-ideas. En esta dimensión de su oficio, imagino al futuro bibliotecario como un filtro que se interpone entre el torrente de los libros y el hombre". José Ortega y Gasset. *Misión del bibliotecario*.
- (45) Es cierto que el movimiento a favor de los archivos abiertos y el autoarchivo intenta, al menos, frenar el "negocio de la información" y garantizar cierta autonomía de las universidades y un acceso "universal" a la información que generan. Pero, a fin de cuentas, eso supone ampliar aún más el volumen de información disponible, y de una información, además, difícil de filtrar por parte de las bibliotecas -demasiado deseosas de fomentar esta alternativa a la cara información de pago- y por parte de las propias universidades, atrapadas en sus propios criterios de evaluación investigadora, que fomentan una ingente producción cuantitativa -traducida en premio económico para el profesor y en una mejora del indicador de turno para la universidad- más que una selecta producción de calidad. Aunque la de los archivos abiertos sea una batalla en la que las bibliotecas deban participar en pro de la autonomía de la investigación pública, lo cierto, en definitiva, es que tiende a hacer mayor la bola de nieve de la información y a complicar aún más la labor de filtrado y evaluación de la información que debería ejercer la biblioteca. Por otra parte, es una batalla que probablemente no se pueda ganar, porque la información en nuestra sociedad tiene ante todo un valor económico. Las propias universidades públicas van a tender cada vez en mayor medida, a financiar su investigación con capital privado, es decir, mediatizado por intereses económicos. La investigación que hoy interesa social y políticamente es aquella que pueda

"transferirse a la sociedad", es decir, con valor económico. Y, después de todo, resulta bastante ingenuo pensar, por esas mismas razones, que los archivos abiertos vayan a "derrotar" al imperio de la industria cultural de las grandes editoriales.

- (46) "Lo bien que el estudiante domine y use las habilidades, el conocimiento y las formas de pensar dependerá de cuán favorable o facilitadora sea la 'caja de herramientas culturales' que ofrezca el profesor al aprendiz" (BRUNER, Jerome. Op. cit., p. 86).
- (47) El nuevo *Reglamento de la BUJM*, en su artículo 63, establece como uno de sus tres servicios básicos -junto con el acceso a la información y el acceso al documento- la "extensión bibliotecaria". Por otra parte, a la definición de la biblioteca de los Estatutos se añade en el Reglamento explícitamente el "apoyo a la cultura" (artículo 1).
- (48) Por otra parte, que la universidad, como institución, no esté orientando su labor formativa hacia el fomento de la cultura y de la capacidad crítica del estudiante, no quiere decir, ni mucho menos, que muchos de sus miembros no estén convencidos de esta necesidad: algo que está sucediendo en España -he ahí los manifiestos firmados recientemente por más de dos mil profesores universitarios españoles contra la mercantilización de la universidad (<http://fs-morente.filos.ucm.es/debate/inicio.htm>) y también fuera de España: "No obstante, incluso al mismo tiempo que a la universidad se le impone la adopción de las nuevas creencias de impacto, rendimiento, resultados y estándares, también aparecen voces paralelas, aunque más tranquilas, que retoman ideas anteriores de la universidad. Por un lado, se nos recuerda la llamada que hace la universidad como 'conciencia de la sociedad'; por el otro lado, se nos recuerdan sus propias aspiraciones educativas de promover cualidades personales tales como 'anchura' de la mente, independencia, flexibilidad y adaptabilidad [...]. a la universidad se le recuerda su aspiración de mostrarle a la sociedad marcos nuevos y contrapuestos de comprensión; [...] se la anima a ofrecer sus aspiraciones de desarrollo de las cualidades humanas y de los modos de ser que no sólo son capaces de tolerar el desafío continuo, sino también de generar intervenciones positivas en un mundo tan incierto. En resumen, la supercomplejidad exige de la universidad la producción y proyección de nuevas ideas, la resistencia al desafío y el potencial para realizar osadas intervenciones asociadas con su función como faro de ilustración" (BARNETT, Ronald. *Claves para entender la universidad en una era de supercomplejidad*. Op. cit., p. 218).
- (49) "Contemplar la cultura sin tener en cuenta las distorsiones de la realidad sería para mí un acto de barbarie" (NEGT, Oskar. Op. cit., p. 5).
- (50) La nueva Ley de la Lectura, el Libro y las Bibliotecas le reconoce incluso un papel investigador activo al bibliotecario, por cuanto "las bibliotecas podrán ser centros promotores de proyectos de investigación y los bibliotecarios podrán presentarse como personal investigador a convocatorias nacionales e internacionales". No parece, en consecuencia, que la ley -y acaso nadie salvo nosotros mismos- ponga en duda la capacidad de los bibliotecarios universitarios para llevar a cabo proyectos de difusión cultural de amplio alcance en nuestras propias instituciones, e incluso con repercusión nacional e internacional.
- (51) Es preciso acabar con el mito de la neutralidad axiológica o ideológica de la información, al igual que sucede con la educación: "La educación nunca es neutral, nunca deja de tener consecuencia sociales y económicas. Por mucho que se pueda afirmar en con-

tra, la educación siempre es política en este sentido más amplio. [...] ¿Por qué entonces no tratamos la educación como lo que es? Siempre ha sido 'política'. [...] lo cual no lleva a que politicemos la educación, sino simplemente a que reconozcamos que ya está politizada y que su aspecto político necesita ser por fin tomado en cuenta más explícitamente" (BRUNER, Jerome. Op. cit., pp. 43-44 y 47).

- (52) En un interesante artículo, José Antonio Millán defiende que "la llave mágica del conocimiento es la lectura"; que es la lectura lo que, en definitiva, permite construir el conocimiento a partir de la información (cfr. MILLÁN, José Antonio. *La lectura y la sociedad del conocimiento* [en línea]. [consulta 11 de julio de 2007] Disponible en: <http://jamillan.com/lecsoco.htm>
- (53) Destacados especialistas actuales en educación subrayan el gran efecto educativo de colaborar en la producción de "pequeñas obras" que "sostienen y promueven la solidaridad grupal" y fijan el progreso del pensamiento (cfr. BRUNER, Jerome. Op. cit., p. 41.).
- (54) La web de la ANECA incluye una página con todos los libros blancos de las nuevas carreras aprobadas hasta la fecha. Disponible en: http://www.aneca.es/activin/activin_conver_LLBB.asp
El estudio detenido de los libros blancos ofrece muchas claves de comprensión acerca del actual enfoque de los distintos estudios; de su situación en Europa; de su perfil profesional y su grado de inserción laboral; de las competencias generales, especiales y profesionales que requiere; de la estructura general y objetivos del título; de los bloques temáticos fundamentales y de la distribución de contenidos y la asignación respectiva de créditos. El libro blanco puede servir, pues, como plataforma para la programación de actividades culturales específicas e interdisciplinarias.